

Crónica Literaria

Por ALONSO

"Personas No Grati", memorias de Jorge Edwards (Barcel, Barcelona, 1978).

Bastante dudoso partió Jorge Edwards a Cuba enviado como representante de Chile para romper el bloqueo diplomático de Castro. Deseoso de él, del Ministerio de Relaciones, de la revolución cubana y, en general, de todo, Jorge Edwards no es hombre de ideas fijas y quería, en el fondo, delinquir, cometerse, desear en cierta modo su propia insignia.

Como adon llevaba en la carrera diplomática y adhería al credo izquierdista: «no le había costado romper con sus padres, sus maestros de San Ignacio y su medio ambiente; pero, escribir y escribir bastante apremiado, preguntándose todavía si "la carrera", la diplomática, no se agota a su vocación profunda que lo llevaba a escribir».

La cuestión se ha debatido mucho. Parece, a primera vista, que nada mejor para los escritores como salir a viajar en una situación privilegiada, obligados a escribir sobre importante, política y mundial, situaciones de guerra, violencia, como el diplomático, recorrer en su propia patria, presentar de cuerpo presente nuevos horizontes. Las fiestas, las recepciones, el lujo mismo de las intsigas, el protocolo, la comedia humana con sus entre-huellados y qué privilegio tal escenario para el observador!

La historia, en embargo, muestra ejemplos inquietantes. Treinta y seis años después el período revolucionario de José Gato, ese silencio iniciado con "El Ideal de Un Calavera" y su nombramiento en Washington, que vino visto a terminar cuando abandonó a la quita la carrera y se a fue "Durante la Reconquista". Eso de que pensar. Como el caso de Pablo Neruda, trillatísimo en sus comienzos juveniles, brevedad y prometedor, caído en cuanto le envían al extranjero y que después más esperanzadamente, a través separados, cuando se obra, culminando, cuando con sus funciones oficiales, con la admirable "Poesía Completa".

Y Jorge Hilner Benavilla, y Juan Guzmán Ordoñez, y Julio Barroetche, tantos otros? El asunto no aparece claro. Jorge Edwards, vacilante por naturaleza, tenía razones para dudar.

Esta cuestión es el tema que desarrolla el viaje y proporciona a su libro una especie de unidad dramática: el escritor se marcha hacia los acontecimientos, para verlos y analizarlos desde el exterior.

Algunos bien, cuando que, desde la partida, se acercaban al proceso de sus desconfianzas. No de quienes lo han mantenido, inevitablemente ¿a qué? ¿A hacerlo frustrar? Sin embargo, se posaron. Cuando en La Habana comenzaron pequeños discursos, ideas calientes, palabras mínimas, dimensión trivisional, con una sencillez asombrosa, impalpable, pero perceptible, de inseguridad, de incertidumbre, la de Jorge Edwards sobre su destino se acrecenta.

El no ha nacido para eso. Acepté sus creencias familiares y la tradición: pero hay cosas que son inventadas: algo queda siempre de ellas al desaparecer, adherido a la piel. Desde luego, el apellido. Quéjase Joaquín Edwards de "un apellido de plaza de todo" que tenga. Allí a nosotros representantes le preguntan y vuelven a preguntarle si es pariente de Emilio Edwards Bello, el último Embajador de Chile, antes de la ruptura; y, como no puede negarlo, vienen las reacciones. ¿Qué hora de día que se viene para todo esto una familia? Esta, en la clase dirigente, origina especulaciones: entre los cubelleros, especulaciones de especulaciones simpáticas. Aquí "callejeros" la dejó profunda en quienes lo sirven. Y amor que le profesaba a Cuba! Muchos, antes de partir, afirmaban haberlo visto sufrir.

No era la sola copia. Poesía, conversaciones, lecturas y compromisos, se las elevaban los misteriosos del espionaje, una vida oculta: capaces de captar en la intimidad de una habitación hasta los secretos que iban de allí a una grabadora. Esa presencia persecutora llegó al punto de los atropellos: aunque a levantar la voz, aunque silenciosos solos. Se comunicaban mediante papeles grabados por telegrafía. Ni siquiera permitidos por la playa para respirar se hallaban seguros y preferían el silencio.

Aquí sobre sus horrores morbosos, en última versión, destinado a él, una especie de gigante palmarial dentro la isla con sus barbas, le invade con el horror creativo y la obra de cuando en cuando gran diversión, fuente de emociones, el espectáculo de su presencia. Pero paradójicamente ocurre que el mismo personaje, tan interesante al público, bló de las multitudes, árbitro supremo, de puertas adentro se oculta, aparece y desaparece, no llega cuando se lo esperaba, surge de pronto en el momento inesperado. Es una de sus técnicas contra el mismo imposible asesino, la falta telegráfica, el estado de un aparato interno.

El poder alcanza tiene sus delicias.

Funcionarios de categoría agrietan días, meses, años el

En el idioma protocolar sus sigilosos miedos, Jorge Edwards tenía nota. También la nota de los hombres armados que, contra sus claras advertencias al Ministerio, antes de la visita, se podían subir a bordo según las Ordenanzas de nuestra Marina. Y que se estaban impetuosamente detrás de Fidel, sin que en la confusión del momento fuera posible atacarlos. Captó este detalle un joven oficial a cargo de la guardarrapía y, al paso del Primer Ministro, como a los demás le podía: ¡No gorda!

"Algo desconcertado —agrega— Fidel, que llevaba la guerra en la mano, se lo entregó. El muchacho le pasó un tablo con un número, como si se tratara de una visita cualquiera. Fidel miró un tablo y dijo, con una pluma de humor: —"Me llevó el secreto y tres".

Los oficiales chilenos asistentes a la recepción, que no hablan puesto brazos ajos al atropello de los milicianos, los pusieron favorables al pequeño detalle. Mas no debían parar allí las cosas. El Comandante de la nave llevó al Primer Ministro a su sala privada y también quisieron entrar sus guardarrapías. Esta vez la autoridad a bordo los detuvo.

"Ante la sorpresa general —pág. 348— el Comandante Jofré abrió los brazos. ¡Bebamos! —exclamó— los cinco permanecer fuera de esta sala.

"En su voz se percibía una ligera vibración de furia. Los milicianos, atraídos por Manuel Fábrega, no se movieron un milímetro: miraban al frente con caras estúpidas. Fidel, extraordinariamente inclinado, puso toda su atención en los objetos que adornaban los costados de la sala. Raúl Ríos y Dorothea parecían estúpidos".

Fueron necesarias una segunda y tercera advertencias del dueño de casa y una apelación directa a Fidel Castro, invocando sus fueros, para que el Primer Ministro pudiera a su algaría que los dejara solos y diera explicaciones.

Después otra escena muestra al señor de la isla en una grapa donde criaba razas diversas especiales, a modo de estuyo. Cada vara tenía su nombre y Fidel se paraba de conocer el gusto de su leche, como un valiente la marca del vino. Por lo demás allí no se bebía otra cosa; el ambiente era pacífico y respetivo y si la autoridad se hubiera retirado en la misma mañana, se habría dicho un "Calaverón" con sabor a leche, la cual desgraciadamente sólo por gotas llegaba a los labios del pueblo, era un regalo para expósitos, tan celebrado, como poco difundido.

La entrevista mayor fue la última. Las veinte páginas que ocupa en el libro —361-381—, bajo el título, "Los Poesas y el Estado", constituyen un buen documento, en un diálogo franco, de una honesta por ambos lados, sin interferencias delicias en posición.

Indicando Fidel Castro al representante chileno las razones de su desconfianza y la respuesta se acortó con los ejemplos de la revolución. Edwards le responde sin perder la calma. La conversación, agria al principio, va apaciguándose: un momento, sorprendido el Primer Ministro por un episodio que había olvidado, el de una charla en inglés dada en Yale que Jorge Edwards le recorda, pasan del Unán al Tú y la pregunta de impresiones.

—¿Tú sí estabas allí?

—Con esto se quedó el libro y los dos empezaron a pasearse por la sala, charlando.

Reflexos de literatura. Fidel le reclama los "Recuerdos del Pasado" de Pérez Rosales, que Edwards le había prometido: ¿qué saber si pensaba seguir escribiendo? y si creía que escribiría algo de valor, poniendo en su pregunta cierta ironía. Edmundo el chileno formula una especie de protesta de la literatura. Trata de ser fiel a una vocación de escritor —declara— y de escribir lo mejor posible. Qué no escribe nunca una obra que valga la pena, como dice Ud., pero el resultado no es todo. Una escribe a partir de ciertas obsesiones personales. Cuando se produce una coincidencia entre esas obsesiones y algunas de las grandes inquietudes de un momento histórico, el resultado puede ser una obra de arte duradera. El artista para en esos casos a interpretar su tiempo. Lo único que puede asegurarse, de mi parte, es que seguiré escribiendo, bien o mal."

—¿Sabe lo que más me ha impresionado en esta conversación? —dice al final el Primer Ministro.

—¿Qué cosa, Primer Ministro?

—¡Su tranquilidad!

Ahora porque a él le cuesta conservarla. Temperamental, vehemente, impudible y propenso a desconcertar, sus impetuosas salidas le hacen poco a todo simpático. No parece dominado por el Protocolo, la poca importancia que otorga al buen vestir es comedia.

Se otóse las amable. Con un apretón de mano, esta vez cordial, acompañó a Jorge Edwards hasta la puerta y la cerró después.

La salida de Alfredo Herrera, como a todos, a Jorge

"Persona non grata" [entrevista] [artículo] : Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Persona non grata" [entrevista] [artículo] : Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile